de Sebaste, de San Esteban y de San Domiciano: en esta obra, la *mano* sale de un globo, y de sus dedos parten rayos (véase el grabado de nuestro artículo *Corona*, que representa la coronación de Santa Eufemia).

7.º Ciertas monedas acuñadas después de la muerte de Constantino, en las que se ve este príncipe transportado al cielo en un carro, ofrecen una mano misteriosa que lo recibe. (Euseb. *De Vit. Constant.*, IV, 73).

8.º En el célebre mosáico de Santa Sabina de Roma (V siglo), una mano que sale de una nube tiene un libro suspendido sobre la cabeza de San Pedro, lo que significa la ley cristiana bajada del cielo, y cuyo depósito estaba confiado á este apóstol (Ciampini. *Vet. mon.*, I, tab. XLVIII). Algunas medallas de Papas de los bajos tiempos, entre otras las de Víctor II y Alejandro II, presentan un asunto que no carece de cierta analogía con éste: es una mano enviándoles las llaves, lo que significa que el poder de las llaves dado á San Pedro y á sus sucesores proviene del cielo (Bottari, II, página 147).

9.º Citaremos, por último, una piedra grabada de Mans, en la que se ve la iglesia de esta villa entre sus dos patronos, San Gervasio y San Protasio, y coronada de una nube de la cual sale la mano de Dios con esta inscripción: DEXTERA (*Saggi dell'Academ. di Cortona*, t. VII, 41, tav. IX).

II. Lo que acabamos de decir de la representación de Dios Padre bajo el símbolo de la *mano*, se aplica en general á los monumentos de los cuatro primeros siglos, donde su uso ha sido exclusivo. En los siglos siguientes, como se ha visto por varios monumentos citados más arriba, este símbolo continuó sin duda en uso; pero no podríamos conciliar con la opinión de la mayor parte de los sabios las de Emerico David y Raul Rochette, por ejemplo, los cuales, por una distracción difícil de explicar, refieren hasta el siglo IX los primeros ensayos de representación de Dios Padre bajo forma humana. Tenemos dos sarcófagos, uno del cementerio de Lucina, otro del de Santa Inés (Bottari, tav. LI, LXXXVII), y que no parecen apenas posteriores al siglo IV (véase Brunati. *Dissert. Bibl.* y *Annales philos. chrét.*, t. XXI, página 363), donde el Señor, figurado por un anciano, ó por un hombre de edad madura, sentado sobre una roca ó sobre un asiento cubierto con un paño, recibe las ofrendas de Abel y de Caín, y un tercero (Bottari., tav. LXXXIX) que lo enseña, siempre según el mismo tipo, pero de pie, ordenando á Moisés que desate su calzado para aproximarse á la zarza ardiendo. Otros muchos bajos relieves de las catacumbas (Bottari., tav. LXXXIV, LXXXVII, LXXXIX) lo representan como un hombre joven (lo que denota la juventud eterna, atributo esencial de la divinidad), en el momento en que condena al trabajo á Adán y Eva (*Gen.*, III, 16, 17). Entrega á Adán espigas para significar que la naturaleza de su trabajo consistirá en culti-

var la tierra, y á Eva un cordero cuya lana deberá hilar, y que es el símbolo de los cuidados domésticos que formarán su dote y el de su sexo.

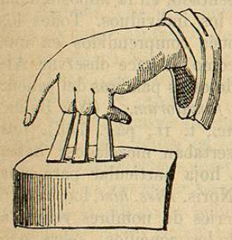
Hay en el cementerio de Ponciano (Bottari., tav. XLV) un fresco que representa los mártires Abdón y Senén coronados por una figura en busto sobre una nube. Por esto sin razón ha creído verse en esta figura á Dios Padre, y por una distracción inexplicable nosotros mismos habíamos caído en este error (*Diccion.*, 1.ª edic.). Esta cabeza, rodeada de la aureola cruciforme, no puede ser más que la de Jesucristo.

Las tres personas divinas están representadas en un bello sarcófago encontrado hace poco tiempo en San Pablo, extramuros de Roma (véase este monumento y su explicación en el artículo *Sarcófagos*. Véase también el artículo *Trinidad*).

DÍPTICOS (Δίπτυχα). — I. Esta palabra se compone de δίς, «dos veces», y πτύσσω, «yo doblo», y en la antigüedad designaba de una manera general todos los objetos que se doblaban en dos. Homero (*Odyss.*, N. vers. 224) llama así á un vestido doble. San Agustín (l. XV, *Contr. Faust.*, c. 4) llama díptico de piedra á las tablas del Decálogo; y San Ambrosio (*Hexameron*, l. V, c. 8), hablando de la concha bivalva de la ostra, dice que este molusco «abre su díptico á los rayos del sol», *contra solis radios diptychum illud suum aperit*. Naturalmente, pues, se llegó á dar el mismo nombre á una especie de libro compuesto de dos tablillas que, unidas en un lado por una charnela, se doblaban la una contra la otra; y esta denominación variaba según el número de tablillas ó de dobleces de que se componía el libro: δίπτυχα, «dípticos», τρίπτυχα,

«trípticos», πεντάπτυχα, «pentápticos», y después del número cinco, πολύπτυχα, «polípticos». Los dípticos eran, pues, especies de pugilarios de dos tableros, *bipatens pugillar*, dice Ausonio (*Epigr.*, CXLVI), dispuestos interiormente de modo que pudieran recibir la escritura ó la pintura. También se llamaron tablillas portátiles, manuales ó efemérides.

Los dípticos eran de marfil, de madera ó de metal, algunas veces de pizarra, de membranas ó de papiro; los hubo de oro y de plata. Los antiguos escribían en ellos sus notas corrientes, sus asuntos domésticos, y para no olvidar lo que contenían, llevaban estas tablillas suspendidas por una cinta en la mano ó en la cintura. Los ricos hicieron de ellos un objeto de lujo: llevaban con ostentación pugilarios, como se llevan hoy día relojes y otras alhajas. Wiltheim (*Dipt. Leod.* Append., pág. 17) reproduce un díptico de esta clase compuesto de cinco tablillas de marfil, tres para recibir la escritura, y las dos exteriores para servir de cubierta. También se ven en su obra figuras que tienen en la mano dípticos ó pugilarios. Estos objetos se encuentran algunas veces figurados en las tumbas, como atributos de profesión (véase Boldetti, pág. 331, y Fabretti, pág. 206).



Los antiguos escribían también en ellos sus cartas; después de haber reunido dos tablillas de igual tamaño, se cubría el interior con una capa de cera, sobre la cual se trazaban con el estilo los caracteres. He aquí, según Bottari (1, *Frontisp.*), un fondo de taza de cristal donde está representado un patricio escribiendo con un estilo en uno de esos pugilarios. Este monumento, cuyo origen importa poco averiguar, viene aquí á propósito como ejemplo. Pelagio envió á San Nonno una carta de esta clase, *transmisit diptychum tabularum*, y Santiago Diácono la copia desde el principio al fin en las *Vidas de los Padres* (l. I). Los pugilarios

que contenían una correspondencia, estaban después sellados con el de la persona que los enviaba.

Los dípticos se contaban en el número de los objetos que los antiguos tenían costumbre de ofrecer á sus amigos como *apophoretas* ó aguinaldos á principios del año (véase el artículo *Aguinaldos*). Los cónsules, y también, se dice, los pretores, los cuestores y los demás magistrados romanos, se hacían, sobre todo, notar por este género de liberalidades; los ofrecían al emperador, á los miembros eminentes del senado, á sus parientes y á sus amigos; los distribuían también al pueblo para captarse sus simpatías, sobre todo con motivo de los juegos y de los espectáculos con los cuales inauguraban su entrada en un destino (véase el artículo *Aguinaldos*). No se sabe con exactitud á qué época se remonta tal costumbre para los magistrados. El más antiguo díptico consular que nos ha sido conservado se atribuye á Stilicon en el año 405 (Du Cange. *Gloss. Græc.*, ad voc. Δίπτυχον).

Las caras exteriores de los dípticos estaban adornadas con diversas figuras, y con más frecuencia con la imagen misma del personaje que los distribuía. Si era cónsul, aparecía en ellos con la túnica consular, el cetro, la *mappa*, etc., y presidiendo los juegos del circo representados debajo de él, como puede verse en el díptico de Basilio (Buonarruoti, *Vetri. in fin.*). Es verdad que los pretores y los cuestores tenían también sus dípticos, pero no se ha conservado ninguno.

II. Después de estos obligados preliminares, entremos en nuestro objeto, que consiste en estudiar el origen ó más bien la introducción de los dípticos en el culto de la Iglesia primitiva.

Preséntanse aquí dos cuestiones, una litúrgica y otra arqueológica, que exigen ser tratadas separadamente. La primera tiene por objeto una práctica de la liturgia cristiana, sin precedente en la antigüedad pagana. La segunda, la aplicación, en esta misma practica, del instrumento puramente profano cuya naturaleza y principales usos entre los antiguos hemos tratado de definir.

1.º CUESTIÓN LITÚRGICA. — A. Pueden,

con Salig (*De diptych*, pág. 3), definirse los dípticos eclesiásticos: «Tablas públicas que se leían en la primitiva Iglesia desde lo alto del ambón, durante el sacrificio, y que contenían los nombres de los donantes, los de los magistrados superiores, los de los clérigos del primer orden, de la misma comunión; los de los Santos, mártires ó confesores; y por último, los de los fieles muertos en la fe de la Iglesia, con objeto de señalar por esta reunión de personas el estrecho lazo de comunión y de amor que une entre sí á todos los miembros de la Iglesia triunfante, paciente y militante.»

Se han dado á los dípticos sagrados diferentes nombres, que expresan en todos sentidos su destino: ἱεραὶ δέλτοι, «tablillas sagradas» (*Ex act. concil. sub Numa*); ἁγίαι δέλτοι (Du Cange); μυστικαὶ δέλτοι, μυστικὰ δίπτυχα, «tablillas ó dípticos místicos» (Suicer. *Thes. eccl.*); «en otras partes ἐκκλησιαστικοὶ κατάλογοι, «catálogos eclesiásticos» (Coteler. *Monum eccles. Græc.*, t. II, pág. 205, edit. París, 1677). Algunas veces fueron llamados *libri anniversarii, ecclesiæ matricula liber viventium* ó *vitæ* (véase Donati. *De'dittici degli antichi*, pág. 35).

En un principio, cuando el número de los fieles era todavía reducido, los dípticos eclesiásticos no se componían más que de dos hojas, y eran dípticos propiamente dichos. En un lado estaban inscritos los nombres de los vivos, en el otro los de los muertos. Más tarde, habiéndose aumentado mucho el número de los que debían ser colocados, debieron multiplicarse las hojas, probablemente de pergamino; y se siguió llamándolos dípticos, porque todas estas hojas estaban encerradas en dos tablillas de marfil solamente, las cuales ofrecían en el interior una superficie plana, á fin de que se pudiera untarlas de cera con facilidad, y adaptar á ellas membranas.

El origen de los dípticos eclesiásticos puede fijarse en el siglo II, si todavía, como han sostenido varios autores serios (véase Goar. *Not. ad miss. S. Joan Chrysost.*, pág. 123), no se remonta á los tiempos apostólicos. Porque San Cipriano asegura que su uso era universal en la Iglesia en el siglo III. El hecho se establece de una manera indudable, por lo menos para el siglo IV, porque sabemos que en esa época San Juan Crisóstomo fué excluído por varios dípticos de la Iglesia. Esta costumbre se ha conservado entre los Latinos hasta el siglo XII, y entre los Griegos hasta el XV (Donati, pág. 79).

B. Algunos escritores, entre otros Du Cange y Allaci (*De consens.*, *eccl.* l. III, c. 15), dividen los dípticos eclesiásticos en tres clases; otros únicamente en dos. Nosotros adoptaremos la división que se ha indicado en la definición de Salig (*supra*).

1. *Dípticos de los bautizados.* Estos eran, propiamente hablando, los fastos de la Iglesia, puesto que se inscribían en ellos día por día los nombres de los que llegaban á ser sus hijos por el bautismo. Cree Salig. que esto era una imitación de los fastos civiles donde eran inscritos los nombres de los nuevos ciudadanos. Entre los numerosos títulos honoríficos que se dieron á los primeros cristianos, figura el de Israelitas místicos, es decir, ciudadanos de la Jerusalén celeste, como los Israelitas lo eran de la Jerusalén terrestre. Y, en efecto, San Pablo había dicho (*Galat.*, IV, 26): «Esta Jerusalén que está arriba es una ciudad libre; y ella es nuestra madre,» *illa autem, quæ sursum est Jerusalem, libera est; quæ est mater nostra.*

2. *Dípticos de los vivos.* Las principales clases de personas que eran mencionadas en ellos son: el soberano pontífice reinante, los patriarcas, los obispos, los sacerdotes, los donantes, los bienhechores de la Iglesia, los clérigos de todos los órdenes, los emperadores, los reyes, las emperatrices, las reinas y los demás personajes notables. Se agregaban los nombres de algunos de los concurrentes, para que el pueblo estuviese representado, en la imposibilidad de nombrar todos los individuos. Todos los fieles estaban después comprendidos en una mención general, como lo hace observar Alcuino, á propósito de estas palabras del canon: *Memento, Domine, famulorum.....* (Ap. Baluz. *Capitul. reg. Franc.*, t. II, pág. 733). Los nombres no se insertaban mezclados; había una columna ó una hoja particular para cada clase de personas (Noris. *Diss. hist.* loc. laud.). A estas distintas series de nombres venían á unirse los títulos de los concilios, sobre todo de los cuatro grandes concilios ecuménicos, á fin de manifestar el respeto que se profesaba á estas santas asambleas, así como á las constituciones con que ellas han dotado á la Iglesia. Se cree que esta costumbre nació en tiempo de Justino I (Donati, pág. 57).

Las más antiguas liturgias, así como los dípticos primitivos que han llegado hasta nosotros (Fiorentini. *Vet. occid. martyrol. admon.*, II), prueban que también se insertaban en ellos el nombre de la santa Virgen, los de los mártires y los de los demás Santos. Se ha creído ver en este hecho el origen de los calendarios, de los martirologios, de las canonizaciones (véanse estas tres palabras). Donati piensa (pág. 64) que aquellos dípticos donde eran inscritos los nombres de los mártires han dado origen á los calendarios, y éstos á los martirologios, mucho más modernos en la Iglesia, y que los dípticos de los Santos han producido los agiologios ó leyendas, porque el díptico es más antiguo que todos los calendarios, y los calendarios más que todos los martirologios.

3. *Dípticos de los muertos.*—Se inscribían en ellos, en primera línea, los nombres de todos los obispos que habían gobernado la Iglesia donde el díptico debía ser leído, y que habían dejado un nombre sin mancha en cuanto á la doctrina y á las costumbres. Se conoce una célebre casulla de Rávena, cuyo *clavus* ó

pallium estaba adornado de medallones que representan pintada la serie de los obispos de Verona (Mauri. Sarti. *De vet. casula diptych.* Faventiæ, 1753); y esta casulla fué llamada casulla díptica, sin duda en razón de este catálogo (los nombres están inscritos al pie de los retratos). Du Cange opina, sin embargo, (*Gloss. lat.*, ad. h. v), que el nombre de díptico fué dado algunas veces á las casullas en general, porque se abren y se doblan en dos partes (véase más abajo, n. IV).

También se agregaban á veces los obispos extranjeros que habían dejado una gran reputación de santidad. Por esto se encuentra inscrito el nombre de San Martín en la mayor parte de las liturgias de Occidente. Después de los obispos eran mencionados los sacerdotes, en seguida los diáconos, los clérigos de todos los órdenes, y, por último, los laicos y las mujeres.

Después de la proclamación de los nombres por el diácono, el celebrante recitaba la oración llamada, por este motivo, *oratio post nomina*, ó *super diptycha.* Pero conviene observar que no se usaba la misma fórmula para los obispos que para el común de los fieles. Para todos, el celebrante, según la liturgia dicha de San Marcos (Renaudot. *Lit. orient.*, l. c., pág. 150), oraba en estos términos: *Horum omnium animabus dona requiem, Dominator Domine Deus noster, in sanctis tuis tabernaculis,* «A las almas de todos estos conceded el reposo, Maestro y Señor nuestro, en vuestros santos tabernáculos.»

Pero cuando se trataba de los obispos ó de otros personajes ilustres por su santidad, el pueblo respondía: δοξά σοι, κύριε, *gloria tibi, Domine.* Esto es lo que sucedió en el quinto concilio ecuménico, en el que, después de la proclamación de los nombres de Macedonio, de León el Grande y de Eufemio, los fieles gritaron todos á una voz: *Gloria tibi, Domine.* Este era un homenaje público á sus virtudes, según la doctrina de San Dionisio Areopagita (*De eccl. hierarch.*, c. III).

C. Pero ¿en qué lugar, en qué momento y por quién se hacía la proclamación de los nombres inscritos en los dípticos? Martène asegura (*De antiq. Eccl. rit.*, c. IV, art. VIII, número 13) que cuando el sacerdote había llegado á la parte del canon donde debía tener lugar la conmemoración de los vivos, tomando el diácono en su mano las tablillas sagradas, leía en alta voz los nombres que en ellas estaban inscritos. Lo mismo sucedía en la Iglesia griega con los vivos y con los muertos (Chrysostom. *Apud Goar. In div. Chrysost. miss.*, página 62). En algunas iglesias de las Galias y de España, esta proclamación seguía inmediatamente á la ofrenda (Martène, *loc. cit.*, n. 12). También los libros litúrgicos de estos dos países tienen siempre, después de la oblación del pueblo, una colecta llamada *collectio post nomina.* En ciertos puntos, el diácono leía los nombres desde lo alto del ambón; en otras partes se hacía esto al pie del altar. Dom Martène pretende que en la Iglesia latina esta proclamación no se hacía por el diácono, ni desde el ambón, ni en alta voz, sino que era el subdiácono el que indicaba, en voz baja, los nombres al oído del sacerdote, *recitante silenter subdiacono.*

En otras iglesias se hacía la lectura por el subdiácono detrás del altar (Menard. *Not. ad Sacrament. Greg.*, pág. 264), y en las misas privadas, por el mismo celebrante.

También hubo alguna vez la costumbre de poner los dípticos sobre el altar con los nombres de los donantes y de los bienhechores (Pamel. *Liturg. Gallic.*, t. II, pág. 180), y en un fragmento de un antiguo orden romano (Mabillon. *Ord. Rom.*, IV, fol. 61) se leen dos oraciones destinadas á recitarse; la primera, *super diptycios*, es decir, de aquellos que estaban inscritos en los dípticos colocados sobre el altar, y la otra, *post lectionem nominum.*

Los dípticos de los muertos han dado origen á las necrologías ó registros de defunciones (véase el artículo *Necrologías*), llamados también libros aniversarios, «notas de los muertos», *schedæ emortuales* (Du Cange, ad voc. *Libr. anniv.*), y algunas veces libros de vida, en los que se conservaban los nombres de los difuntos, obispos, sacerdotes, clérigos, bienhechores, etc.

D. Si la inscripción en los santos dípticos era un honor insigne y muy solicitado, por el contrario, nada era más ignominioso ni causaba más pesar que verse excluído de ellos. Esta pena, que se llamaba *expulsio* ó *rasura nominum e diptychis*, traía, si hemos de creer á Dodwel (*Dissert. Cyprian.*, V, § 18, pág. 22), su origen de la Sinagoga. Sea de ello lo que quiera, los historiadores de la Iglesia refieren frecuentes ejemplos de estas clases de expulsiones: se pronunciaban principalmente contra los herejes, los cismáticos y todos los culpables de grandes crímenes. Y la regla observada en esto era tan rigurosa, que nadie podía considerarse libre de ella, prevaliéndose de la dignidad de obispo, de emperador, etc. Además, sucedió más de una vez que prelados ó príncipes, que habían sido restablecidos en los dípticos después de su muerte, ora por error, ora por debilidad de sus sucesores, habían sido expulsados de nuevo, sin consideración alguna, de los dípticos, en el momento en que fué reconocida su conducta censurable; y esta nueva cancelación pertenecía de derecho al Papa. Agaton ejercitó este derecho contra Pirro, Sergio y otros más (Anastas. Biblioth., *In Agathon*). Evagro refiere (*Hist. eccl.*, l. III, página 34) que algunas Iglesias eliminaron el nombre del emperador Anastasio de las santas tablillas, porque suponían que se había opuesto al Concilio de Calcedonia.

Los herejes usaron con frecuencia de represalias contra los verdaderos creyentes, y de preferencia todavía contra los obispos ortodoxos, expulsándolos de sus dípticos. Esto es lo que sucedió á Proterio, obispo de Alejandría, por parte de Pedro Foulon, patriarca de Antioquía, que se había contagiado con los errores de Eutiques. San Crisóstomo fué también, como sabemos, víctima de igual medida.

Sin embargo, la expulsión de los dípticos no era irrevocable, puesto que si la inocencia de la persona excluída era reconocida, su nombre se restablecía en el sitio que anteriormente ocupaba. Así sucedió con San Juan Crisóstomo, y Teodoreto (*Hist. eccl.*, l. v, c. 34) atribuye la reconciliación de las Iglesias de Oriente con las de Occidente al restablecimiento de este gran obispo en los dípticos de la Iglesia de Constantinopla, treinta y cinco años después de su muerte. La historia eclesiástica facilita más de un ejemplo de semejantes reintegraciones (véase el artículo *Excomunión*, al final).

2.° Cuestión arqueológica.—El cardenal Noris (*Dissert. hist. de Syn.*, v, c. 5), y después de él Salig, uno de los más sabios arqueólogos que han escrito sobre esta materia (*De origin. diptych. in Eccl.*, c. ii), han asegurado que los dípticos eclesiásticos tuvieron su origen en los profanos. Esto quiere decir que para escribir ó contener sus catálogos sagrados, la Iglesia primitiva adoptó cubiertas de marfil, de madera ó de metal, semejantes á las que estaban en uso entre los antiguos en la vida común, y difícil sería rechazar tal suposición. Pero la Iglesia ¿tuvo desde luego dípticos cristianos hechos para su uso, ó bien empezó sirviéndose de los dípticos consulares que tuvo á mano? Es cierto que empleó unos y otros; pero la cuestión de prioridad nos parece difícil de resolver, porque existen dípticos puramente eclesiásticos tan antiguos como los primeros dípticos consulares conocidos.

Como quiera que sea, resulta de ahí una división muy natural: Dípticos eclesiásticos y dípticos mixtos.

A. *Dípticos puramente eclesiásticos.*—Estos fueron siempre dedicados al servicio de la Iglesia, y hechos primitivamente por ella. Son fáciles de reconocer por las figuras que adornan sus caras exteriores, y que son exclusivamente cristianas, asuntos sacados del Antiguo y del Nuevo Testamento, imágenes de Nuestro Señor, de la Santa Virgen y de los Santos, etc.

Prudencio ha compuesto un poema titulado Δίπτυχον, donde están descritos en otros tantos tetrásticos los hechos más memorables de los dos Testamentos. Nada sería tan precioso, seguramente, para el objeto que nos ocupa, si, como afirma Buonarruoti (*Vetri*, pág. 10), este poema fuese la descripción de un verdadero díptico existente en el siglo iv. Y la cosa no es ciertamente imposible, porque la catedral de Milán posee un magnífico monumento de este género (véase Bugati. *Memorie di S. Celso*, in fin), que á juzgar por el estilo y por el carácter de sus esculturas, los sabios no hallan dificultad en atribuir á la misma época, mientras que el díptico consular más antiguo que ha llegado hasta nosotros, el de Stilicon, no se remonta más allá del año 405.

Entre los dípticos más notables originariamente eclesiásticos, se citan también:

1. El de Fulda, que se considera como mucho más antiguo que la necrología del mismo abad, publicada por Leibnitz. Se lee en él, y en el interior de uno de sus paños, una lista de 21 reyes ó princesas de la raza carolingia; en el otro, los nombres de 20 obispos, y debajo, los de 8 condes. Como los nombres del primer tablero, que tienen para nosotros un gran interés histórico, podrían en su forma tudesca no ser inteligibles á todos los lectores, hemos creído deber expresar los nombres de los príncipes con sus títulos y la fecha de su muerte, por medio de anotaciones entre paréntesis.

NOMINA DEFUNCTORUM
REG.

Pipin. rex. (El rey Pepino el Breve, † 768.)
Karlus. imp. v. kal. feb. (El emperador Carlomagno, † 28 Enero 814.)
Beratha. (Berta ó Bertranda, esposa de Pepino el Breve, † 783.)
Hiltigart. (Hildegarda, primera esposa de Carlomagno, † 782.)
Gisla. (Gisla, hija de Pepino, religiosa en Chelles.)

Fastrat. (Fastrada, segunda esposa de Carlomagno, 783, † 794.)
Irmingart. (Ermengarda, hija de Didier, rey de los Lombardos?)
Luitgart. (Lutgarda, tercera esposa de Carlomagno, † 800 S. P.)
Karl. (Carlos, hijo primogénito de Carlomagno, † S. P. 811, rey de la Francia oriental.)
Pipin. (Pepino) (Carlomán, hijo de Carlomagno, rey de Italia, 781, † 810.)
Pernhart. (Bernardo, hijo natural del precedente rey de Italia, 812, † 818.)
Hruodtrud. (Rotruda, hija de Carlomagno, condesa del Maine, † 810.)
Hludovich imp. xi kal. jul. (El emperador Luis I el Bueno, † el 21 Junio 840.)

NOMINA DEFUNCTORUM
EPISC.

Lul, Episcopus.

Riccholf, Episcopus.
Heistolf, Episcopus.
Orger, Episcopus.
Hraban, Ep. et Mon. 11 non. Freb. (Raban Maur).
Karl, Episcopus.
Luitraht, Archi-Episcopus.
Ansger, Ep. et Mon. 11 non. Freb

Hemmo, Episcopus.

Reginheri, Episcopus.

Eboni, Episcopus.

Theotmar, Episcopus.

Ercanbraht, Episcopus.

NOMINA DEFUNCTORUM
REG.

Hluderi, rex iii, kal. oct. (El rey Lother (Lotario I), hijo del precedente, † el 29 Septiembre 855.)
Hluduuvic. (Luis el Germánico I, hermano del precedente, rey de Germania, † 876.)
Karal. (Carlos II, el Calvo, hermano de los precedentes, † 877.)
Karalman. (Carlomán, hijo de Luis el Germánico I, rey de Baviera y de Italia, † 880.)
Hluduuvic. (Luis el Germánico II, hermano del precedente, rey de Sajonia y de Baviera, † 882.)
Hemma regina. (La reina Emma, esposa de Luis el Germánico I, † 876.)
Karl. imp. obiit. (El emperador Carlos III, el Gordo, fallecido en 888.)
Gisila. (Gisela, hija de Luis el Bueno, duquesa de Friul, madre de Beranger I, rey de Italia, muerta en 867.)

NOMINA DEFUCTORUM
EPISC.

Vuolfger, Episcopus.

Huunpraht, Episcopus.
Grosbald, Ep. xii. Kal. oct.

Samuel, Ep. viii. Id. Freb.

Theotrich, Episcopus.

Marcuvart, Episcopus.
Pacificus, Episcopus.

Bernhart, Comes.
Vuillihelm, Comes.
Asis, Comes.
Beffo, Comes.
Hessi, Comes.
Albuuin, Comes.
Thaccolf, Comes.
Adalbraht, Comes.

2. El de Amiens, referido por Salig (capítulo xx, n. 27), contiene un largo catálogo de nombres, de donde resulta la prueba de la continuación de la costumbre de anotar en los dípticos los nombres de los difuntos y los de los confesores: *Memento etiam, Domine, et eorum, nempe Firmini confessoris, Honorati, Salvii, Berhundi..... qui nos præcesserunt cum signo fidei, et dormiunt in somno pacis.*

3. El de Tréveris, publicado por Wiltheim (*Op. laud.*, fol. 29). Es un fragmento bastante considerable de pergamino, encerrado en otro tiempo en un díptico de marfil, que contiene los nombres de gran número de personajes ilustres, empezando por los de Otón el Grande y su mujer Adelaida, de Brunon, arzobispo de Colonia, y de Wilhelm, arzobispo de Maguncia y hermano del emperador antes citado.

4. El de Arlés, que ha publicado Mabillon (*Veter. Analect.*, pág. 220), primitivamente contenido en un manucristo muy antiguo del sacramentario de San Gregorio, hecho para uso de la iglesia de Arlés. Al fin de la misa están inscritos los nombres de los obispos de esta ciudad nada más; esto es lo que hace creer al sabio editor que había sido confeccionado expresamente para dicha ciudad. Esta lista es muy curiosa, porque los nombres de los Santos están precedidos de una cruz.

5. El de Rambona, monasterio de las Marcas, cuya explicación se encuentra á continuación de la obra de Buonarruoti sobre los vasos dorados. Aunque se refiera únicamente al siglo ix, este monumento es preciosísimo bajo el punto de vista arqueológico. En el exterior se ve esculpida la imagen de Jesús crucificado, y debajo de la cruz la loba amamantando á Rómulo y á Remo. En la otra tablilla está María sentada, con el niño Jesús sobre sus rodillas, teniendo á los lados dos ángeles, debajo tres personajes con dalmáticas. El interior está adornado de imágenes pintadas.

6. Existe un gran número de marfiles esculpidos para dípticos, que sirven hoy día de cubierta á manuscritos de los libros santos. Así, en la Biblioteca Vaticana una tablilla de este género recubre los Evangelios de San Lucas y de San Juan. Jesucristo se representa acompañado de dos ángeles; también se ve á los Magos delante de Herodes.

La catedral de Verceil posee un evangeliario revestido de dos tablillas de plata, regaladas á esta iglesia por el rey Beranger, las cuales están adornadas de santas imágenes.

La iglesia de San Máximo de Tréveris tiene también un epistolario encuadernado con un díptico de marfil. No debemos olvidar el díptico de Besançon, compuesto de una sola tablilla semejante á la del Vaticano.

También se cita un díptico de la Biblioteca Barberini; pero las figuras de que está adornado confirman que pertenece á la Edad Media. Si quisiéramos anticiparnos á esta época, tendríamos que hablar de un número considerable de monumentos del *Tesoro* de Gori (*Thesaur. vet. diptych.*, 3 vol. in-f.°) y de magníficos dípticos griegos publicados por Paciaudi en su obra sobre el culto de San Juan Bautista, etc.

B. *Dípticos mixtos*, de consulares convertidos en eclesiásticos. Al pasar á la Iglesia, conservaban sus bajos relieves profanos, en totalidad ó en parte. He aquí algunos de estos dípticos.

1. El díptico de Asturio, cónsul en Occidente al mismo tiempo que Protogeno en Oriente, el año 449. Se conserva en la basílica de San Martín, de Lieja, donde sirve de cubierta á un evangeliario. Ha sido publicado por Wiltheim (*Append. ad Diptych. Leod.*, c. i).